

El hacedor y el heraldo

Por Alderick Fremder

Al principio del todo, nada había. La oscuridad reinaba el mundo, mas esto no quiere decir que fuera malo, pues, el calor y el sonido existían junto a el, en un vinculo profundo y absoluto.

De la nada, nace el germen del todo; aquel que creció dentro de ella, moldeándose. Aquella madre le nutrió como a una cría, dándole lo suficiente para hacer de el un nuevo paradigma. Cuando llego el tiempo de tomar las riendas, el niño paso a ser un joven enérgico y determinado, quien se coronó como el señor de la oscuridad: El que guarda entre las sombras.

Paso el tiempo, y aquel joven, aquel señor, bajo de su trono hacia el fondo. Habiendo esperado el momento, tomo las puntas de su túnica y las amarro, con tal de que no se mancharan. Habiendo hecho eso, bajo los escalones. Paso a paso, el sintió una sensación extraña, como si sus pies fueras abrazados por algo cálido, que por mas que sacudiera, no podía detener. El señor se detuvo, buscando la fuente de aquella cosa, pero la oscuridad le impedía ver nada, solo sentir. Sin mas opciones, el señor siguió su camino hacia el fondo.

El sonido de sus pasos dejaron de ser ley, pasando a oír un oleaje tenue. Aquella sensación de había tomado sus pies regreso, arrastrándose por los tobillos hacia las rodillas, impregnándose en los jirones de su túnica. El señor dio el ultimo paso, hundiendo su pie en el lecho del mundo.

Había llegado al destino con sus pies enterrados y el ropaje húmedo, enterró la mano con violencia sobre el mar, produciendo una chispa que ilumino con brevedad su horizonte.

—¡AGGGH! —grito el señor al sentir el calor de la chispa quemar su rostro.

El destello lastimo la vista del señor, haciéndolo caer al lecho, mojándose en el acto. Instintivamente, paso su mano sobre el rostro, calmando la irritación que aquella luz le causo. Habiéndose recuperado, el señor regreso a su trono con frenesí.

Estando en su refugio, el señor empezó a preguntarse por la naturaleza de aquello que presenció, ese algo que le es tan desconocido.

Tiempo paso desde aquella vez. El señor había meditado sobre su encuentro con la chispa. Nada saco de ello, pues, a pesar que sabia, no lograba entender nada sobre ella.

Entonces, el señor decidió bajar de su trono otra vez, decidido en volver a intentar ver la chispa.

El señor se levanto de su asiento y camino hacia la escalera, bajando otra vez hacia el lecho de la tierra, estando ya abajo, el cubrió su cara con una mano, y con la otra, procedió a impactarla sobre el lecho: la chispa vivió a nacer, pero murió en la brevedad del momento.

El señor empezó a entender que la chispa, aunque pudo hacerle daño, era breve en existencia.

—Es triste—Dijo—Si tan solo pudiera vivir un poco mas, podría verla mejor.

Es ese instante, una idea se postro en frente de el. Con apuro, volvió a tomar un poco del lecho y lo moldeo de tal manera que este fuera como una vasija, cerro los ojos y empezó a chapotear sobre el lecho, generando mas chispas. Las chispas seguían naciendo y muriendo con cada golpe, desprendiendo calor, mismo que seco la vasija.

El señor pudo sentir el calor recorriendo su ser, haciéndose mas incomodo, mas esto no le impidió seguir con la tarea que se había impuesto, y sigue chapoteando hasta que el recipiente estuviera listo.

Habiendo terminado con su oficio, el señor toco la vasija. Sintiéndose orgulloso por la primera creación que nace de el...o bueno, la segunda. Dejo la vasija sobre uno de los escalones, sin alejarse mucho. Ahora, tenia que capturar una de las chispas y guardarla: El señor se preparo, acumulando fuerzas. Cuando estuvo listo, atravesó el lecho cual lanza, generando un destello que ilumino el mundo en su totalidad.

El señor apretó su mano, peleando con la chispa. Esta lo quemaba, pero no lo detendría de tomarla para si. El jalo su brazo hacia la superficie, sin dejar de sostener la chispa.

Se acerco a los peldaños y tomo la vasija, depositando la chispa dentro de el. La fiera chispa se amanso, volviéndose una flama tenue, pero firme. Iluminando con timidez el mundo tan vasto y desconocido, tan lleno de posibilidades.

Sin soltar la flama, el señor se sentó sobre un escalón y empezó a admirar su creación y su mundo, con una sonrisa amplia. Un nuevo mundo acabo de nacer, y con el, un nuevo ente.

Aquella flama se había vuelto el objeto de devoción del señor. Quien con ella, se dispuso a moldear el mundo.

El señor bajaba de vez en cuando hacia el lecho, tomando elementos de el para crear su obra: Con el barro, moldeo figuras de formas variopintas, las cuales volvió a depositar en el lecho que le proveyó. Con piedras, construyo bases que se balanceaban serenas sobre el mar. Con los escalones, creo una caja donde la flama pudiera estar segura de cualquier peligro.

Los habitantes del mar empezaron a reclamar las bases, y con ello, de las chispas que proveían de luz. El señor se dio cuenta de ello, y entonces empezó a crear mas de ellas.

El entrego las flamas a los habitantes del mar, para que pudieran iluminarse con ellas, estas eran mas pequeñas que la flama del señor, pero brillan con la misma fuerza que la flama madre.

Con el tiempo, la oscuridad que dio a luz al señor, se moteaba con pequeñas flamas que iluminan cada una de las islas, además de adoptar un tono mas pardo. El señor se había percatado que de vez en cuando se perdían algunas flamas, o que estas se apagaban espontáneamente. Esto no lo detuvo de segur creando mas de estas, pero le dieron una idea:

—Si pudiera crear una flama, muy grande, que ilumine el horizonte como aquella vez que cree la flama madre, los habitantes no tendrían tanto problemas en cuidar de las suyas—

Decidido, el señor volvió a obrar. Esta vez, decidió crear a un ente, semejante, el cual seria un heraldo para la flama. Otra vez mas, tomo barro del lecho y se lo llevo hacia su trono, lo moldeo a su imagen y lo seco con su flama. Aquella marioneta de barro no poseía el atributo que el estaba buscando, entonces, abrió un agujero en el pecho del muñeco, tomando un pellizco de la flama, lo guardo dentro del muñeco, cubriendo la abertura con el barro que había extraído.

El inerte muñeco, comenzó a cambiar de forma. Los muñones se volvieron brazos y piernas, su color pardo paso a ser un blanco pulcro, y su imagen se transformo a la de un niño, de muy hermosa apariencia y semblante ingenuo. El ahora ser, abrió sus ojos débilmente, siendo bienvenido por el señor, quien puso la mano sobre su cabeza y pronuncio con emoción:

-Bienvenido, oh heraldo de la luz. Tu futuro será tan brillante como la flama que habita dentro de ti-

El heraldo fue armado con una farola, mas brillante que la flama madre, y ropajes muy agraciados. El heraldo marchó hacia el lecho con triunfo, haciéndose ver para los habitantes del lugar. Su farola era tan caliente que seco donde marchó, creando tierra en su paso, tierra que parió mas vida, vida de colores mas vividos que los habitantes del creador.

El, al igual que el señor, se sentían orgullosos, pues ahora el mundo se transformaba en un edén.

El mundo seguía su curso, y el señor descansaba en su trono, satisfecho por sus acciones. El señor abrió sus ojos, y vio que uno de sus súbditos subía hacia sus aposentos.

Esto confundió al señor, pues no era muy comun que sus súbditos se presentaran enfrente de el. Se levanto y lo recibió:

—Oh. Criatura. ¿Qué te trae hacia mi? —Pregunto el señor con genuina curiosidad.

La criatura reverencio al señor y respondió a su cuestionamiento:

—Es sobre el heraldo—menciono agobiado.

—¿El heraldo? — aquel cuestionamiento tomo por sorpresa al señor—¿ha ocurrido algo con el?

—No. —respondió—Pero su luz se ha vuelto mas y mas incandescente. Se esta volviendo mas incomodo.

El señor guardo silencio y asintió hacia su súbdito mientras bajaba a la tierra a ver que es lo que su heraldo estaba haciendo. Mientras bajaba, el cielo se transformaba de un negro azulado a un celeste agrisado. Los ojos del señor empezaron a lagrimear por la intensa luz que irradiaba. Al tocar el suelo, sus pies empezaron a arder por el calor, el señor, con agonía, camino por la tierra en busca de su heraldo. Tardo, pero dio con el. Cuando se acerco, el heraldo le observo, regalándole una sonrisa despreocupada al señor.

—¡Mi señor! —El heraldo corrió hacia el señor con su farola. La luz del heraldo incomodo al señor, quien se cubrió los ojos un poco para mitigar el calor y la iridiscencia del farol. El heraldo se percató del gesto. Confundo, pregunto al señor por ello.

—¿Qué ocurre, señor. Por que cubres tus ojos? —

—Oh, mi querido heraldo. Por eso he venido—intento ver a su heraldo, pero la luz le impedía ver— Los habitantes de la tierra me han pedido que atenúes tu flama.

El heraldo, incrédulo, responde a la petición del señor:

—¿P-por que?

—Oh, heraldo. Los habitantes de la tierra han vivido con las flamas que te entrega, pero tu farola esta a estallar de ellas. Aun no se adaptan a vivir a plenitud con la luz. Por favor, atenúa tu farol.

El heraldo accedió al la petición. Con tristeza bajo la viveza de su farola hasta que el cielo volvió a ser de un azul mas oscuro. El señor se percató de la expresión de su heraldo y se acerco a confortarlo.

—Entiendo que quieres iluminar el mundo. Pero, tienes que buscar el equilibrio de tus obras. —El señor tomo su farola y la sostuvo—Cuando cree la flama, el mundo se encontraba en penumbras, y mis ojos eran débiles para soportar el brillo de esta. Mas cuando la hice mía, empecé a sentirla como parte de mi. Un mundo en penumbras no es el mas idóneo, pero tampoco un mundo de luz absoluta. Tu y yo somos partes de un equilibrio, tenemos que trabajar para mantener esta unión funcional. —El señor, al terminar de hablar, volvió a entregar la farola a su heraldo. Este le sonrió, y el señor le dijo algo mas antes de volver a sus dominios:

—Ve, ve y marcha por el mundo. Llena de luz, pero también deja que las penumbras refresquen.

Dicho esto, el heraldo regreso a su marcha.